

Rafael Quintero  
Medina

*El verso que delinea la  
Historia*

«El árbol de tu nombre ha florecido  
en una incalculable primavera».

MANUEL ALTOLAGUIRRE

**R**ealmente encantador se torna, sobre todo en este momento de la humanidad cuando se rompen cada día más las fronteras entre las distintas esferas de la cultura, poder celebrar desde la unión de dos ramas del saber, la literatura y la historia, el centenario del natalicio del poeta español Miguel Hernández.

La literatura y la historia, en relación con ellas es necesaria una disgregación. Durante años se ha querido separar o disminuir el valor que tienen los estudios históricos para la literatura o los literarios para la historia, entronando indistintamente a ambas como reinas de la realidad o la ficción.

Generalmente en el día a día se desaprovechan las potencialidades que brinda la obra literaria en sí para el análisis de la historia; no atendiendo a lo que ofrece cada género literario para el abordaje histórico, así como el sentido y significado que cobra y promueve la obra literaria. Tradicionalmente queda limitada a la ubicación contextual del autor y el momento en que surge la obra, sin revelar los elementos verdaderamente humanos implícitos en ella e igualmente la trascendencia creativa en el campo historiográfico y literario, desdeñando las posibilidades que presenta el análisis intrínseco de la creación artístico-literaria para el estudio de los procesos históricos a partir de ella.

La literatura es capaz de dar a conocer el camino recorrido por los hombres que han vivido antes que nosotros o que viven a nuestro alrededor. Su relación con la historia está precisamente porque en ella percibimos los objetivos e ideales que aparecen en el proceso del desarrollo histórico-social.

La literatura recrea mitos, relatos, narraciones, testimonios, memorias, y la historia recoge hechos, acontecimientos, personalidades, procesos, movimientos, etapas históricas, ambas en la formación de un perfil amplio, y esto solo es posible si, como dijera Martí, se desarrolla el arte de pensar, que es *«ver las ideas en globo y por entero desde la raíz hasta la fruta»*.

Dentro de esta relación historia-literatura se inscriben obras que enriquecen y trascienden los límites de estas esferas. Precisamente en Miguel Hernández tenemos un singular ejemplo.

Miguel Hernández supo con la palabra, y en especial a través de la poesía, exaltar, remover y dar nuevo sentido a una historia de vida personal que en esencia fue eco de una Historia Nacional de su pueblo innegablemente ligada a su creación artística. Si se quiere conocer de la España Republicana de los años treinta del siglo xx y del doloroso paréntesis que constituyó la Guerra Civil Española entre 1936 y 1939, es imposible dejar de leer más allá de cualquier libro que enuncie los hechos, los vibrantes y sentidos versos de Hernández que dibujan la realidad de una época y su gente.

A cien años de su natalicio un pequeño homenaje para el pastor-poeta, el hijo de Orihuela, Alicante. En definitiva, una de las voces indiscutibles de la historia y la literatura española del siglo xx.

### **Rojo, amarillo y morado. La Segunda República Española**

La Segunda República Española, resultado de unas elecciones municipales que se convirtieron en plebiscito, fue proclamada el 14 de abril de 1931, y con ella se hizo efectivo el abandono del país por el monarca Alfonso XIII, aunque sin abdicar.

Con la proclamación de la República gran parte de la población, y sobre todo los sectores populares, tuvieron la esperanza de que ocurriría un cambio profundo en las relaciones sociales del país: el deseo popular había expresado en las urnas el ansia de transición de un sistema monárquico a republicano. El nuevo régimen estaba llamado en apariencia a enterrar la vieja Es-

paña Cacique de la restauración. Se esperaba de él un verdadero revolcón social con la palanca de la reforma agraria y el protagonismo del movimiento obrero, un correctivo a la omnipresencia de la iglesia, un reajuste de los cuerpos armados y una labor cultural y de educación ciudadana para hacer realidad las fórmulas democráticas.<sup>1</sup>

Inicialmente la República se rigió por un Estatuto Jurídico, pero era necesario para llevar a cabo las reformas organizar el nuevo Estado, por lo que el 28 de junio de 1931 se celebraron elecciones para diputados a Cortes Constituyentes, en las cuales estuvieron representadas las distintas fuerzas políticas.

Los dos grupos fundamentales en el Congreso de los Diputados eran los socialistas y los radicales, los cuales tenían diferentes ideas y criterios respecto al alcance y profundidad de las reformas que se debían tomar.

Las Cortes de 1931 incluían además a un grupo de intelectuales sin partido que deseaban colaborar en la construcción de una nueva España, entre ellos estaban el filósofo Ortega y Gasset y los escritores Miguel de Unamuno y Ramón Pérez de Ayala.

Después de intensos debates en las Cortes, de los cuales se hizo eco la prensa, la Constitución fue terminada y se promulgó el 9 de diciembre de 1931, siendo el reflejo de una república burguesa y liberal, democrática y laica, y potencialmente descentralizada, con Niceto Alcalá Zamora como presidente, representante este de los sectores sociales más conservadores.

El gobierno republicano, con una variada composición clasista e ideológica, representada en tendencias y partidos políticos, tuvo que hacer frente a complejos problemas de la sociedad española de esa época, todos ellos derivados del desarrollo económico y social de España.<sup>2</sup> El problema agrario, la cuestión religiosa y el problema de las nacionalidades, eran asuntos conflictivos y medulares que había que enfrentar.

La batalla republicana sería librada también en dos frentes que por su importancia constituyeron álgidos puntos de enfrentamiento entre apologistas y detractores del proyecto republicano, la educación y la cultura.

<sup>1</sup> Fernando García de Cortázar y José Manuel González: *Breve Historia de España*, p. 286, Alianza Editorial, Madrid, 2000.

<sup>2</sup> Aurea Matilde Fernández Muñiz: *España Contemporánea. Segunda República y Guerra Civil. 1931-1939*, p. 16, Editorial Félix Varela, La Habana, 1995.

En estas dos áreas se centró el enfrentamiento. Por una parte la Iglesia Católica, iracunda ante el laicismo republicano que paso a paso iba arrebatándole los privilegios y prerrogativas que otrora disfrutara, y por otra la labor de transformación y cambio social llevada adelante por cientos de intelectuales y maestros españoles, en aras de lograr una modernización en la enseñanza y en la mentalidad general de la población. La cultura y la educación, se establecían en el marco de una serie de reformas vitales para modernizar y desarrollar España.<sup>3</sup>

En 1931 los acentos sociales y políticos entran también en la poesía. Los más destacados intelectuales españoles abrazan el ideal republicano, y dentro de ellos un grupo de poetas que como bloque generacional ha ido conformando lo que muchos han dado en llamar una segunda edad de oro de las letras españolas, la Generación del 27, que encontrará en la época republicana los nuevos horizontes y fuentes para su producción.

La creación de bibliotecas, el fomento de la labor de las universidades, los ateneos, la alfabetización, fueron tareas que tuvieron como protagonistas a muchos de estos intelectuales y poetas. La educación fue una prioridad absoluta en la II República. Entre 1932 y 1933 se crearon 6 570 nuevas escuelas,<sup>4</sup> y se dio paso a lo que se conoció como las Misiones Pedagógicas.

Estas Misiones constituyeron un esfuerzo por llevar a los lugares más intrincados de la geografía española la educación y la cultura, proyecto en el que se enrolaron escritores, músicos, pintores y poetas como Luis Cernuda. Además, otro grande de ese grupo de intelectuales, Federico García Lorca, con su compañía La Barraca, llevaría en peregrinación constante de pueblo en pueblo las representaciones de teatro clásico y moderno, convirtiendo cada plaza española en una escena.

Estos poetas, los del 27, más que una generación integran un grupo de saber experimental que aúna la experiencia de historia vivida, en la cual armonizan prodigiosamente lo universal y lo español,<sup>5</sup> dentro de los duros años de gobierno republicano entre 1931 y 1939.

<sup>3</sup> Andrés Sorel: «La cultura y la República», en *La Gaceta de Cuba* (4): 6-7, La Habana, julio-agosto, 2006.

<sup>4</sup> Ídem.

<sup>5</sup> Véase: Joan Manuel Rozas: *La Generación del 27 desde dentro. Textos y documentos*, Ediciones Istmo, Madrid, 1987.

Desde el comienzo de la República, y agudizándose debido a la complejidad y heterogeneidad del mismo proceso republicano, como ya se señaló, se fueron enfrentando distintas fuerzas políticas e ideológicas que polarizaron al país en sectores de derecha y de izquierda, que culminaron en el terrible desencadenamiento de la Guerra Civil, uno de los acontecimientos del siglo xx que ha tenido una gran repercusión mundial, tanto en los años de la lucha, 1936-1939, en los cuales casi todo el mundo tomó partido, como en su trascendencia posterior.<sup>6</sup>

Esta guerra, que desgarró a España más allá de los tres años que duró, es ejemplo de cómo un evento extraliterario puede afectar de una manera tan directa y contundente a las letras y a la cultura de un país. Por un lado generó la desbordante creación, sobre todo de poesía, durante los casi tres años que duró y, por otro, llevó al exilio a miles de españoles, muchos de los cuales llegaron a Europa y principalmente a América, para continuar con su obra literaria alejados de su tierra mucho más que por un océano.

### **El pastor de Orihuela, ruiseñor de las desdichas**

La Guerra Civil comenzaba el 18 de julio de 1936 con el levantamiento militar apoyado por sectores de la gran burguesía y los terratenientes contra el gobierno republicano legalmente constituido, lo que creó durante los años de la guerra una división insalvable del pueblo español en dos campos irreconciliables, el «nacional» y el republicano.

Como lo hicieron ante la República, ante la Guerra Civil los integrantes del grupo poético de 1927 tomaron partido en relación con los concretísimos problemas de España.<sup>7</sup> La lucha sería sin cuartel, la Iglesia Católica se alzaría como baluarte espiritual de los militares alzados contra el hacer renovador de los intelectuales progresistas y democráticos.

La Generación del 27, ya antes de la Guerra Civil, había situado a la lírica española en la cima más alta de la excelencia e

<sup>6</sup> Áurea Matilde Fernández Muñiz: *Historia mínima de España*, p. 351, Editorial Félix Varela, La Habana, 2005.

<sup>7</sup> La mayoría de los intelectuales españoles al estallar la Guerra Civil se juntaron en la Alianza de Intelectuales Antifascistas, muchos de ellos más identificados con la cultura que con un partido político.

innovación, dentro del marco europeo.<sup>8</sup> Ahora, con la guerra, sus integrantes se convertirían con sus obras en cronistas inmediatos del espíritu de las circunstancias.

El tiempo recogería a través de sus versos el infausto trienio que vivió España durante la guerra, punto de giro dentro de su historia nacional. Vemos entonces que en Antonio Machado está la síntesis honda y sobria del drama hispánico, que en Federico apunta el drama popular con nuevas luces, y que en Miguel Hernández muestra los ojos la España aprisionada y sedienta que ha dado con el clamor de dura y radical fidelidad.<sup>9</sup>

Es precisamente en este último poeta, uno de los más jóvenes del grupo, donde la literatura y la historia se fundirán como expresión de su tiempo, para llegar a convertirse en opinión de sus contemporáneos, Rafael Alberti entre ellos, en el mejor y más auténtico poeta de la guerra.

El 18 de julio de 1936 sería para la vida de Miguel Hernández, como para la de muchos otros, un parteaguas en el desarrollo de su propio vivir y asumiría a partir de este momento una postura ya anunciada desde sus polémicas observaciones anteriores al nefasto día, que abrió un período en la historia que llevaría a muchos a «saber ocupar, por fin, el sitio correcto entre las circunstancias y los hombres».<sup>10</sup>

El ritmo de la propia guerra marcaría los avatares que el poeta sufriría en todos los aspectos de su vida, en estos años y después, fue como si en la propia persona de Miguel se fundieran en singular representación los sufrimientos y ansias de la España toda.

A solo un mes de comenzar el enfrentamiento le llegaría, en pleno agosto y desde las entrañas de Granada, la noticia de la muerte de Federico García Lorca, su amigo entrañable, hecho este que lo sorprende y conmociona, más adelante expresaría de tan lamentable suceso: «desde las ruinas de sus huesos me empuja el crimen con él cometido por los que no han sido ni serán pueblo jamás, y es su sangre el llamamiento más imperio-

<sup>8</sup> Antonio Ramos Gascón (Ed.): *España hoy. II. Cultura*. p. 52, Ediciones Cátedra, Madrid, 1991.

<sup>9</sup> Juan Marinello: Prólogo, en Miguel Hernández: *Poesía*, Editorial Arte y Literatura, La Habana, 2003.

<sup>10</sup> Elvio Romero: *Miguel Hernández. Destino y poesía*, p. 124, Editorial Losada, Buenos Aires, 1958.

so y emocionante que siento y que me arrastra hacia la guerra».<sup>11</sup>

En septiembre de 1936 se incorpora al 5to. Regimiento en Talavera de la Reina, allí pasa un corto tiempo pues en noviembre regresará enfermo a Madrid donde contemplará los preparativos para enfrentar el cerco, pero esta corta estancia bastará para dejar una profunda huella en el poeta luego de la convivencia con esos hombres, de donde aprehenderá más hondamente su amor al pueblo.

A instancias de Pablo de la Torriente Brau, Miguel Hernández es nombrado Jefe del Departamento de Cultura luego de haber ejercido como Comisario de Cultura del Cuartel General de Caballería de Madrid. Así el poeta se sigue fundiendo con el soldado en la defensa de uno de sus amores, la causa de su pueblo, y esta misma valentía de espíritu y de acción es la que lo llevará a la conquista de su otro amor, Josefina, a la que pide matrimonio, acto que se lleva a cabo el 9 de marzo de 1937 en su Orihuela querida junto a un pequeño grupo de amigos y familiares.

Apenas Miguel Hernández puede disfrutar de su reciente felicidad junto a Josefina, su vida es una lucha diaria tanto en lo personal como en la esfera social, lo ha sido siempre, aunque eso no es una barrera en su creación literaria, al contrario, es fértil terreno para su pluma agitada.

Tras un auto sacramental (*Quien te ha visto y quien te ve*, 1934), Miguel Hernández cultiva un teatro social con ecos de Lope, cuyo mayor acierto es *El labrador de más aire* (1937), en el que luce la gallardía de su verso. Ese mismo año se entrega a un teatro de combate, de menores preocupaciones estéticas de donde nace *Pastor de la muerte*, sobre la defensa de Madrid, y *Teatro de guerra*, cuatro piezas breves destinadas a representarse en el frente. Pero es en el ámbito poético donde la pluma de Miguel Hernández desborda el pulso de su intensidad creadora. Desde su cuaderno «*Perito en Lunas*» (Murcia, 1933), se anuncia al poeta que después de *El rayo que no cesa* (Madrid, 1936), se convertirá en una de las principales voces que con expresión profunda denunciará el camino por el que la Guerra Civil ha conducido al pueblo de España.

<sup>11</sup> Ídem.

En julio de 1937, a un año de haberse iniciado el conflicto, se realizó el Segundo Congreso Internacional de Escritores Antifascistas, el cual se inauguró en Valencia, después se trasladó a Madrid y luego a Barcelona, para concluir en París.

Entre los asistentes hubo algunos intelectuales cubanos como Nicolás Guillén, Alejo Carpentier y el propio Pablo de la Torriente Brau, quien junto a otros intelectuales latinoamericanos como Vicente Huidobro, Pablo Neruda y Octavio Paz, coincidieron en varias de las sedes, estrecharon vínculos y alzaron voces a favor de la causa republicana, lo que constituyó un apoyo indiscutible para el gobierno de Valencia.

Con motivo de este evento, se publicó el volumen antológico *Poetas en la España leal*, en el cual se incluyeron versos de Antonio Machado, Rafael Alberti, León Felipe, Moreno Villa, Miguel Hernández y otros. Es precisamente Miguel quien de manera especial cautiva la admiración sincera por su obra y la amistad profunda hacia su persona del intelectual cubano Juan Marinello, presente en el Congreso, y que descubre en el poeta alicantino la voz que perdurará en la memoria de su pueblo.

Ya en plena guerra trasluce Miguel Hernández desde un invaluable poemario, *Viento del pueblo* (Valencia, 1937), el dramático momento al que la historia ha lanzado al propio «ser de España», viviendo una existencia que tiene que tomar en cuenta la condición opresiva de las circunstancias nacionales, y que indiscutiblemente median la acción-creación del poeta, como reflejan estos versos del poema «Recoged esta voz»:

«España no es España, que es una inmensa fosa,  
que es un gran cementerio rojo y bombardeado:  
los bárbaros la quieren de este modo.  
Será la tierra un denso corazón desolado,  
si vosotros, naciones, hombres, mundos,  
con mi pueblo del todo  
y vuestro pueblo encima del costado,  
no quebráis los colmillos iracundos».

Por *Viento del pueblo* transitan los grandes héroes y mártires de la República y la Palabra, elegías a Federico y a Pablo de la Torriente Brau, homenaje a Dolores Ibárruri, «Pasionaria». Dedicado todo a Vicente Aleixandre, *Viento del pueblo* es testimo-



nio y síntesis de la historia de quienes trocaron la pluma y la palabra en fusil.

Este poemario no es solo un hecho cimero en la historia literaria del poeta, sino que en su historia de vida marcó un momento importante, pues estando el libro en imprenta, a la espera estaba el autor de su primer hijo con Josefina, cuando es invitado por el Ministerio de Instrucción Pública a realizar una visita a la URSS. Será pues la primera y única vez que estará fuera de su España querida.

El 27 de agosto de 1937 sale de España, pasa por París y otros lugares de Europa antes de llegar al país de los obreros. Allí mantiene contacto con el mundo intelectual, aprecia los cambios y logros de la población y puede sentir el afecto sincero a la causa republicana, pero aun así se siente fuera de lugar, extraña todo y a todos, y ya para los primeros días de octubre regresa a la tierra amada y sufrida.

Dos grandes momentos le aguardan, el triunfo de su poemario y el nacimiento poco después de Miguel Ramón, el 19 de diciembre de 1937, dos rayos de luz entre tanto dolor, dolor de su pueblo que Miguel Hernández siente como suyo y que vaticina será aún peor, así lo demostrará el año 1938.

Con el nuevo año la guerra comienza una nueva etapa, mientras en las filas republicanas crece la incertidumbre y la división al punto de llevar al gobierno de la república a una crisis política, dentro de la zona «nacional» se intensifica la organización. Ya en los últimos momentos de 1937 Inglaterra y El Vaticano habían enviado representantes ante el gobierno franquista de Burgos, y en Berlín y Roma se encontraban ya embajadores de la zona «nacional», mientras Japón reconocía en noviembre al gobierno de Franco.

Para enero de 1938 en la zona nacional se crea la Ley de la Administración Central del Estado, y ya en marzo se refuerzan las medidas reaccionarias contra los avances sociales republicanos al suprimirse la Ley de Divorcio y derogarse la de Matrimonio Civil de 1932, se promulga además el Fuero del Trabajo, se declara abolido el Estatuto de Cataluña, se restablece la Compañía de Jesús, y se implementa la Ley de Prensa con una férrea censura.

Todo esto es visto por los ojos del poeta que ante la cruel realidad sigue su lucha al lado de su pueblo, a pesar de ver cómo

en abril los franquistas alcanzan el Mediterráneo y dividen en dos la zona republicana, y asistir a partir de junio al cierre por parte de Francia de su frontera con España.

Si 1938 le trae a Miguel Hernández el presentimiento del fatal desenlace de la guerra, también, producto de las mismas carencias y vicisitudes de la realidad diaria el 19 de octubre de ese año verá morir a su hijo Miguel Ramón. Otra vez enfrenta el poeta el equilibrio-desequilibrio en que indisolublemente se desenvuelve su vida.

En los tres primeros meses de 1939 las tropas de Franco dieron el puntillazo final en su campaña contra la República, cuyo gobierno ante la derrota inminente salió en distintas oleadas hacia Francia. Miguel Hernández tendría un último momento de felicidad, el 4 de enero le nació su segundo hijo Manuel Miguel, inmediatamente comenzaría su peregrinación ante las persecuciones desatadas contra los «rojos» y republicanos. Sevilla, Madrid, Portugal, Madrid y Alicante, constituirán el último mapa por donde el poeta transitará antes de su muerte.

El 1ro. de abril de 1939 concluía la Guerra Civil, ese año vería la luz otro cuaderno poético de Hernández, *El hombre asecha* (Madrid, 1939), y dejaría de verla su autor que, víctima del conflicto armado, y ante la imposibilidad de Pablo Neruda de conseguirle asilo diplomático,<sup>12</sup> terminará como consecuencia de la represión franquista en la cárcel de Torrijos.

En España el fin de la guerra constituyó la aplicación por 36 años de lo que el propio régimen llamaba la victoria. Por eso, el fin de la contienda no trajo la paz a los españoles, solo el orden, un orden represivo y policial que les hizo cambiar drásticamente su comportamiento y su vida, para adecuarlos a las exigencias políticas del nuevo estado.

Para la Generación del 27 este sería también el fin de una época, la muerte, la cárcel o el exilio fue el destino de muchos de estos escritores. Lorca y Machado asesinados en 1936 y 1939 respectivamente, Alberti, Salinas, Cernuda y Guillén, formarían parte de las voces en el exilio de la España Peregrina, mientras Aleixandre, Dámaso Alonso y Gerardo Diego, permanecieron en España.

<sup>12</sup> Sobre la captura y destino del poeta Miguel Hernández véase: J. Rubio: *Asilos y canjes durante la Guerra Civil Española*, Planeta, Barcelona, 1979.

Los Cancioneros y el Romancero se asoman al verso de todos los poetas de la guerra española, pero es en Miguel donde encuentran cauce ancho, connatural y gozoso. En ningún cantor de su tiempo sorprende tanto la virtud sin paralelo de la poesía popular de España, en que lo dicho tiene el impulso irreversible de lo que no puede decirse de otro modo.<sup>13</sup>

El año 1942 traería la pérdida, desde su prisión, del poeta que mejor supo decir con palabras lo que su pueblo sentía en espíritu. Salido de la España profunda, Miguel Hernández tuvo el don de delinear con sus versos la historia de lo que augurara como su trágico destino.

<sup>13</sup> Juan Marinello: Ob. cit., p . 12.